

LIBROS

RABEE JABER (2013). *Los drusos de Belgrado* [Traducción de Francisco Rodríguez Sierra]. Madrid: Editorial Turner, 216 págs.

Historia de un cautivo

En 2012, el escritor libanés Rabee Jaber ganó el prestigioso *Al-ya'iza al-alamiyya li-l-riwaya al-arabiyya*, más conocido por su denominación en inglés, *The International Prize for Arabic Fiction*, o por su acrónimo IPAF, con esta novela titulada *Duruz Bilgrad* [Los drusos de Belgrado], que en su original árabe añadía un subtítulo: *Hikayat Hanna Ya'qub* [La historia de Hanna Yaqub].

El galardón, uno de los mejor dotados económicamente en el panorama cultural árabe y entre cuyos objetivos está la difusión de la novelística árabe contemporánea a través de la traducción, no solo premió la evidente calidad de esta novela, sino que supuso también el reconocimiento internacional de uno de los mejores y más prolíficos escritores árabes actuales. Jaber, nacido en Beirut en 1972, es autor de más de quince novelas, muchas de las cuales tienen a su ciudad natal o a su país como escenarios principales de la trama narrativa. Igualmente, la emigración y el establecimiento, por diversas razones, de sus personajes en espacios alejados del lugar de origen son asuntos recurrentes en su literatura. Elementos todos ellos que, como veremos, están muy presentes en *Los drusos de Belgrado*.

Historia, literatura, azar

La novela parte de un hecho histórico preciso, esto es, el exilio, ordenado por el poder otomano, de un número considerable de musulmanes libaneses drusos tras los sangrientos sucesos de 1860. En un Líbano que por entonces no era más que una pequeña porción de una provincia otomana, la convivencia de las varias confesiones religiosas —que eran además modalidades de distintas formas de comunitarismo prenatal— se mantenía en un equilibrio precario. La propia crisis del imperio, ya muy mermado en sus posesiones europeas balcánicas y soportando intensas tensiones nacionalistas en su centro, la amenaza directa de las potencias europeas que poco a poco iban tomando posiciones en aquel tablero oriental, apoyando y armando a las comunidades locales más afines a sus propios intereses, y unos evidentes conflictos sociales entre —sobre todo— cristianos maronitas y drusos son circunstancias que estuvieron en la trastienda del violento levantamiento druso contra los cristianos. Atacados estos en varias regiones del Líbano, las matanzas llegaron incluso a Damasco. Los franceses, que actuaban desde tiempo atrás como protectores de los cristianos levantinos, decidieron enviar un cuerpo expedicionario para expulsar a los drusos del territorio. Ante tal amenaza y temiendo una complicación mayor, el poder otomano actuó enviando al Líbano al visir Fuad Pachá para localizar y castigar a los culpables. La reunión con el líder druso, Said Yumblat, —que aparece descrita en la novela que nos ocupa— determinó la detención de más de seiscientos hombres que un día bajaron de la montaña para ser aherrojados y reunidos en el Puerto de Beirut a la espera de

embarcar y ser trasladados, unos a Libia y la mayoría a la lejana provincia otomana de Serbia. Sabiéndolo o sin saberlo los prisioneros, pronto quedó claro que aquello no iba a ser una corta deportación temporal, sino un terrible y largo cautiverio que habría de durar hasta que el sultán de Estambul tuviera a bien decretar el perdón y autorizar su retorno.

Y justo aquí se inicia la desdichada historia de un joven vendedor de huevos cocidos, el cristiano Hanna Yaqub que, como era su costumbre, llegó aquel día al puerto para procurarse el jornal con el que alimentar a su esposa y a su pequeña hija. La visión de aquella masa de hombres, atados, echados por tierra, callados, le impresiona. Una sorpresa que dará paso a otra mayor al verse él mismo apresado y sumado al grupo de drusos. Cuando distingue al cónsul francés se cree salvado: «¡Soy Hanna Yaqub, cristiano de Beirut, mi casa está pegada al muro de la Iglesia católica de San Elías!» —grita ante él—. El cónsul no sabe árabe y le pide al trujamán que traduzca. Este lo hace, pero lo que dice en francés es: «Yo maté a Hanna Yaqub, un cristiano de Beirut, cuya casa está pegada al muro de la Iglesia católica de San Elías». Una falsa traducción —interesada— que determinará el infausto destino del humilde y desdichado Hanna. Fue el azar el que decidió que fuera él y no otro el arrestado, pero no el causante de que alguien ajeno al grupo —y, por tanto, inocente— fuera a compartir, sin merecerlo, su infausto destino. El gobernador otomano de Beirut había decidido amnistiar —a cambio de una sustancial suma de dinero— a uno de los cinco hijos de un relevante jeque druso que habían sido detenidos por participar en la matanza e iban a ser deportados. Otro hombre, cualquiera, daba igual, debería ocupar el lugar del perdonado y recibir su nombre. Así fue como Hanna Yaqub fue detenido, recibió nuevo nombre —el de Suleimán Gaffar Izzeddín— y compartió suerte con sus falsos hermanos y su falsa comunidad. Solo doce años después conseguiría regresar a Beirut y abrazar a su esposa y a su hija.

El azar, la casualidad, el destino, son algunos de los hilos que traman esta novela. La mala suerte de estar en el lugar menos adecuado en el peor de los momentos, sí, pero también la buena suerte de salir vivo de terribles torturas o de enfermedades letales, de escapar de accidentes fatales o de más previsibles balas asesinas, o de encontrar socorro en las buenas personas del camino. Aunque la novela no tiene exactamente un final feliz, Hanna, al sobrevivir, fue afortunado. Fruto de la pura imaginación del autor, la historia del protagonista —su arranque propiamente dicho— no nos resulta, sin embargo, inverosímil. Es fácil recordar otros sucesos parecidos acontecidos en tiempos igualmente convulsos, aunque más próximos a nosotros. Casualidades difíciles de entender que determinaron que un hombre a punto de ser fusilado en 1939 no lo fuera al final porque alguien, sin saber bien porqué, decidió no apretar el gatillo (Javier Cercas noveló este episodio —real— en *Soldados de Salamina*), o que un preso común terminase siendo ejecutado a garrote vil en 1974 para quitar relevancia internacional al ajusticiamiento de un preso político, hecho —real también— que recrearon para el teatro Els Joglars con su ya mítica *La torna* [El redondeo]. Gracias a la poderosa invención de un novelista libanés, Hanna Yaqub se ha convertido en un lejano —aunque

solo literario— precedente de Welzel, aquel alemán al que ajusticiaron en España para tratar de neutralizar ante la opinión pública internacional la ejecución de Puig Antich. Porque también fue simplemente el azar lo que decidió que el pobre Hanna sirviera para redondear el cupo de prisioneros drusos.

La deportación de los drusos libaneses a los confines balcánicos del Imperio Otomano fue un hecho rigurosamente cierto, pero el relato de las peripecias de Hanna Yaqub, o de muchas otras subhistorias que aparecen en la novela, son solo fruto de la ficción literaria ideada por Rabee Jaber. Estamos pues ante una novela histórica que cumple bien los requerimientos del género: una exacta reconstrucción de los sucesos, convertidos en telón de fondo del argumento novelístico, junto a una poderosa ficcionalización de la peripecia del personaje principal. Jaber conoce extraordinariamente bien el mundo otomano del siglo XIX —la nómina de obras que se mencionan en el apéndice de la novela da cumplida cuenta de ello—, tanto el balcánico como el árabe, pero no deja nunca que ese prurito intelectual del obsesivo documentalista que parece ser, ese puntillismo histórico que salta a cada poco en la novela, se imponga a la pura literatura, a una trama muy bien dibujada y desarrollada, a unos personajes admirablemente bien perfilados y, sobre todo, a un lenguaje sorprendente, conciso, concreto, poético, capaz tanto de describir las mayores brutalidades como de expresar los más dulces sentimientos sin caer nunca en efectismos o lirismos exagerados. Un lenguaje y un estilo que el traductor, Francisco Rodríguez Sierra, ha logrado trasladar impecablemente a la versión española y que son otra de las razones del disfrute que esta obra proporciona al lector.

Identidad y viaje

En la novela se describen dos viajes. Uno, atroz, es el de los cautivos que son conducidos por las mazmorras de Belgrado o Herzegovina y tienen que soportar hacinamiento, hambre, enfermedades o terribles castigos. Un mundo cruel en el que la muerte es presencia constante y el suicidio de quien no puede soportar aquello, el desfallecimiento de quienes no logran vencer cansancios extremos o enfermedades, o la tortura y ejecución de quien intenta escapar a la desesperada, son hechos habituales. La cuerda de presos avanza cultivando campos, levantando murallas, reparando puentes y enterrando a los caídos, en una desesperanzada rutina que la novela transmite de forma excepcional. Es a esas circunstancias a las que Hanna sobrevive y con las que aprende a compartir su destino con el de los drusos. En la presentación que hizo de su novela al ser seleccionada como finalista al premio,¹ Rabee Jaber señaló que una de las cuestiones que se plantea en ella es la de la identidad. Totalmente cierto, a condición, eso sí, de no atribuir al término *identidad* un sentido esencialista o de exclusiva connotación político-religiosa. No cabe duda de que Hanna Yaqub es cristiano y de que todos los que le rodean en su cautiverio son drusos, responsables, por tanto, de la matanza de su comunidad

1 Véase Rabee Jaber, International Prize For Arabic Fiction: 2012 Shortlist, <<http://vimeo.com/39503909>> [Consultado el 28 de mayo de 2014].

y causantes —al menos los hermanos Gaffar Izzeddín— de su tremenda desdicha. Algún episodio de rencor contenido se narra en la novela, pero Jaber evita conducir la historia por esos derroteros. Ni Hanna encarna ninguna identidad cristiana (es cristiano sí, pero tanto como es un joven esposo y padre reciente, muerto de añoranza por su mujer y su hijita, o como es un humilde vendedor de huevos cocidos que llora al llegarle alguna vez ese olor familiar o que es capaz, una vez huido y arriesgando su vida por ello, de pasar la noche en una granja del camino abrazado a una gallina) ni los drusos son permanentemente drusos, presentados como símbolos de un esencialismo identitario confesional. El cristiano aprende a vivir con ellos, y estos le aceptan como su verdadero hermano, por mera necesidad de procurarse mutua ayuda, por un sencillo saberse copartícipes de un destino atroz. Por humanidad.

Dos veces son las que Hanna grita con fuerza su nombre y su apellido («¡Soy Hanna Yaqub!») en la novela. La primera —ya antes mencionada—, en el Puerto de Beirut, en 1860 ante el cónsul francés, sí tenía el objetivo de declarar públicamente su fe, única forma de poder escapar a la deportación. Con la segunda, en la Prisión de Montenegro, en 1872, convertido en un saco de huesos, destrozado física y emocionalmente, solo pretendía afirmar su voluntad de seguir siendo, de resistirse a la completa devastación de la muerte. Es de este tipo de identidades —no de las otras, las asesinas— de las que trata *Los drusos de Belgrado*.

El largo itinerario de una caravana de peregrinos musulmanes desde varias ciudades de la península balcánica a la Meca es el segundo viaje narrado en la novela. Se trata de un amplio segundo movimiento espacio-temporal (el primero es el relato del cautiverio) con el que se inicia y concluye la última parte de la historia del protagonista. El sultán de Estambul ha decretado finalmente el perdón, aunque el grupo aún deberá servir un año más en las filas del ejército otomano, reparando la calzada romana entre Sofía y Estambul. Ya no son en puridad prisioneros y sus condiciones de vida mejoran sensiblemente. Pero, de nuevo, el destino reaparece para mal. En un ataque enemigo —y había muchos enemigos en aquel tiempo de fronteras inestables y de fortalecimiento de los poderes europeos frente al debilitado poder otomano—, mueren, entre otros muchos drusos, tres de los hermanos. Hanna queda malherido y huye, solo para caer poco después en manos de otro gobernador otomano que lo mantiene encerrado cinco largos años más en las mazmorras de Prístina y Montenegro. Un incendio providencial le permite escapar de nuevo y, ahora sí, encontrar ayuda en una caravana de peregrinos musulmanes que se dirigen a los lugares santos del islam. Otra vez entre hermanos, otra vez ayudándose unos a otros, otra vez caminando. Hanna, que ahora es, con la misma naturalidad que antes fue otras cosas, el *hach* Suleimán, entra en las mezquitas, reza con ellos y, recomponiendo muy precariamente su identidad destrozada, va poco a poco sintiéndose en paz.

La descripción de este viaje es magnífica y, aun tratándose, como se trata, de un ritual religioso, dotado y donador de una fuerte identidad grupal, Jaber sabe esquinar de nuevo sus connotaciones más —digámoslo así— confesionales, para conferirle otras más universales, más sencillamente humanas.

Hanna avanza, libre, con el grupo, recorriendo en sentido inverso la ruta que muchos años atrás anduvo como cautivo. Un camino, ahora, de salvación, frente a otro anterior de condena y sufrimiento. Tras llegar a Estambul, quien fuera un día cristiano, luego druso y después musulmán —sin que su persona se acomodara nunca exacta o exclusivamente a ninguna de esas identidades— deja la caravana y, ya solo, recorre la última parte de su itinerario. Entra en Beirut. Preguntando, llega a la casa que un día fue suya y, tembloroso, se funde en un abrazo con su mujer y su hija. Tal es el final aparente de la novela, aunque Jaber está lejos de concebirlo como un final feliz. Hubiera sido demasiado fácil para una novela tan dramática y poco exigente para un novelista tan bueno como él. «[...] “¡Sigo en prisión!” Petrificado y empapado en sudor, supo que estaría siempre en una celda en los Balcanes». Este, sí, es el final de la novela. Habían transcurrido doce años desde su salida forzada de la ciudad y entretanto Beirut había ingresado en la modernidad urbanística y económica de la que desde entonces sería modelo: nuevas vías de comunicación con otras grandes ciudades árabes, coches de caballos, escaparates, edificios que ocupaban a velocidad de vértigo los antiguos huertos... Todo ello contemplado por alguien que venía de un mundo de prácticas medievales, en el que los gobernantes todavía conservaban como trofeos las cabezas cortadas de sus enemigos y en el que las cuerdas de presos —cuya vida nada valía para nadie— aún atravesaban ciudades y aldeas ante la mirada, a veces conmisericordiosa, pero muchas otras, indiferente, de sus pobladores. Hanna, sobreviviente de aquel horror, pero por siempre víctima, no llegará nunca, por ello, a disfrutar de la alegría que hubieran podido brindarle su pequeña familia y su querida ciudad.

Nota sobre la política de la traducción

Los drusos de Belgrado es el título que ha inaugurado la Serie Turner Kitab, una colección de literatura árabe moderna traducida en la que se ha embarcado la prestigiosa editorial Turner con el experto asesoramiento de Gonzalo Fernández Parrilla. Ha pasado ya mucho tiempo desde que en España comenzase la traducción de literatura árabe contemporánea, y las sucesivas generaciones de traductores —junto al criterio de los editores— han ido estableciendo diferentes modelos de traducción, desde el ya anticuado filólogo a otros más modernos y más asemejados a las normas imperantes en el campo de la traducción literaria.

En esta novela, como en el resto de las incluidas en la colección, no hay notas del traductor ni glosario explicativo final. Ciertamente es que ello provoca alguna incompreensión inmediata de términos, la mayoría culinarios (*kibbé, maamul, mahallabiya...*), aunque por regla general no se pone nunca en riesgo el entendimiento global de la frase. Los nombres propios transcritos al español se han sometido a las reglas prosódicas de nuestro idioma (Suleimán, Mahrán, Qásim, Mahmud...), un procedimiento que viene empleándose cada vez más en las traducciones literarias del árabe. La excepción —y no irrelevante— es la manera de transcribir el nombre propio del autor. Una transliteración más ajustada a nuestra ortografía habría dado como resultado, quizá, Rabi' Yáber, opción descartada por los editores en favor de la de Rabe'e Jaber. La única razón que lo justifica —y guste más o menos,

hay que reconocer que resulta convincente— es que la transcripción inglesa del nombre del escritor es la más generalizada tanto en el mundo académico como, desde luego, en Internet. Un pequeño peaje que pagar a cambio de ir consiguiendo que la literatura árabe contemporánea tenga difusión y gane lectores entre el público occidental.

Nieves Paradela, Universidad Autónoma de Madrid